

Donovan, el mejor detective del mundo

Diego Paszkowski

Ilustraciones de Pablo Tambuscio

loquelego

Introducción

Donovan, el detective de Diego Paszkowski, tiene excentricidades de coleccionista y de *gourmet* de cosas sencillas. Estas dos cualidades lo ayudan a pasear por la ciudad y a deducir, relacionando de manera eficaz lo que ve con los casos que debe resolver. Con la ayuda inestimable de Lenny, también coleccionista en ciernes, Donovan va atando cabos y uniendo los hilos sueltos con una paciencia ágil que siempre sorprende al lector.

5

Con estas historias, Diego Paszkowski incorpora a los lectores de pocos años a un género popular, y al mismo tiempo los invita a la observación atenta, a relacionar pasado y presente y –aunque Donovan cobra anticipos, más

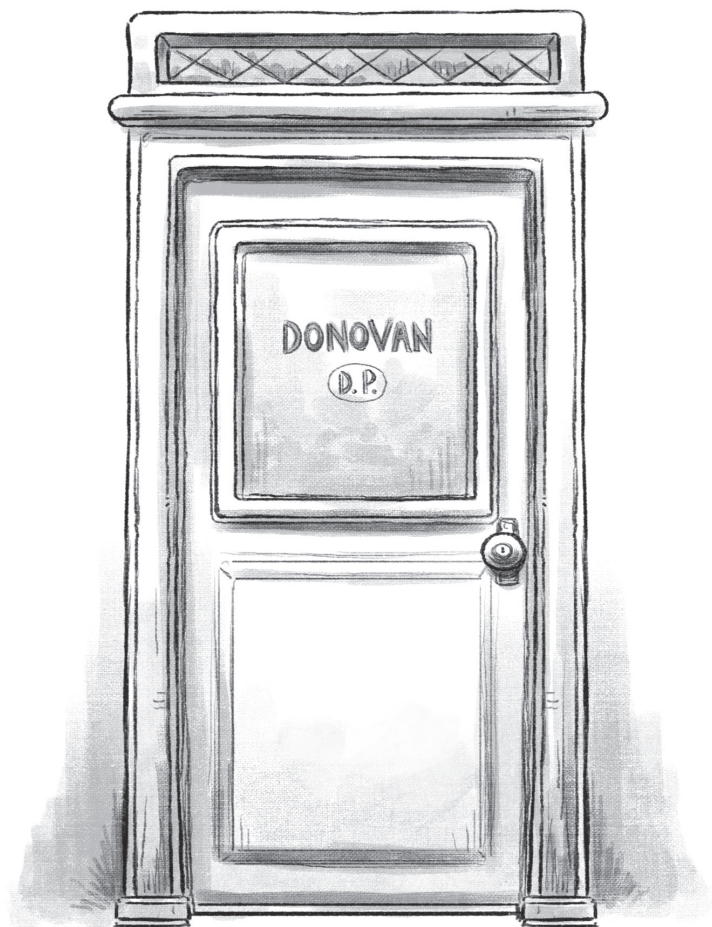
gastos– también invita a los lectores a practicar la generosidad.

Luis Sepúlveda

*“Su oficio era menos un trabajo
o un deber que una pasión”*

Juan José Saer
La pesquisa

El presentimiento de Donovan



El detective Donovan sabía todo lo que tenía que saber. Y cuando aquella rubia platinada, alta y espigada entró a su despacho en la calle 211 y Broadway, pleno Yonkers, le dijo justamente eso: 11

—Sé todo lo que tengo que saber, señora: su marido la engaña.

La rubia, asombrada, le dijo:

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Porque soy Donovan, detective privado.

—Y yo soy Miss D., encantada —dijo la rubia y le estrechó la mano.

—Lo sabía —dijo Donovan—; mis honorarios son de quinientos dólares por día, más gastos.

—¿Más gastos? —dijo Miss D.

—Sí, más gastos —replicó Donovan— porque

sucede que a veces paseo por Chinatown y no puedo resistirme a comprar gatitos de la suerte. En fin: más gastos.

12 Solo entonces la rubia advirtió, detrás de la figura de Donovan, las repisas llenas de gatitos chinos de la suerte que movían un brazo hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás, tal vez solo para saludar, tal vez para llamar a la buena fortuna.

—Y tampoco puedo resistirme a la pizza —agregó Donovan—; me encanta la pizza.

Solo entonces la rubia advirtió la pila de servilletas de papel que, manchadas de aceite, poblaban el escritorio del detective.

Luego de que la clienta explicara su problema —en efecto, una sospecha de infidelidad—, se despidieron y ella se retiró.

Apenas se quedó solo, lo primero que hizo Donovan fue preguntarse qué clase de imbécil sería capaz de engañar a semejante belleza. Y como sabía todo lo que tenía que saber, de inmediato se respondió: “El marido, desde luego”.